

# Fascismos, nazismo y totalitarismos

## Sumario

1.- Del nacionalismo al racismo: a) El darwinismo social; b) El biohistoricismo; c) El racismo prefascista. 2.- Fascismos y nazismo: a) Los fascismos; b) La ideología nazi. 3.- Fascismos/nazismo: interpretaciones: a) La explicación culturalista; b) Totalitarismo; c) El totalitarismo como virtualidad permanente; d) El totalitarismo más allá del totalitarismo.

### 1. Del nacionalismo al racismo

#### a) *El darwinismo social*

A fines del siglo XIX, la búsqueda de una justificación científica de la dominación se refiere a los descubrimientos de la biología y defiende un darwinismo social. Se invoca la herencia en contra de la igualdad, la biología por la raza<sup>1</sup>. En 1859, Charles Darwin publica *El origen de las especies*, revoluciona la biología:

«el hombre es [...] el co-descendiente de alguna forma antigua, inferior y extinguida» de un mismo tronco primate que el simio. Sobre todo, el desarrollo biológico está gobernado por la ley de la selección natural, a saber: «la persistencia del más apto para la conservación de las diferencias y variaciones individuales favorables y para la eliminación de las variaciones nocivas».

De esta selección del más apto, la derecha nacionalista deduce lo absurdo de la igualdad. El darwinismo social va, sin embargo, más lejos que el simple “desigualitarismo”. Postula el determinismo racial. En 1863, el historiador francés H. Taine considera que «en el origen y en lo más profundo de la región de las causas aparece la raza», las capacidades de los hombres están en función de su raza:

«En las razas arias [...] el espíritu por entero [...] se prenda de lo bello y lo sublime y concibe un modelo ideal capaz, por su nobleza y armonía, de reunir a su alrededor las ternuras y entusiasmos del género humano [...]. En las razas semitas, falta la metafísica [...] el espíritu es demasiado rígido y entero [...] el hombre se reduce al entusiasmo lírico, a la pasión irrefrenable, a la acción fanática y limitada»<sup>2</sup>.

El peso de la biología es reforzado por el de la psicología, la aparición de la noción de inconsciente se utiliza para confirmar la predestinación de los pueblos.

#### b) *El biohistoricismo*

Paralelamente a las referencias a Darwin, el biohistoricismo argumenta otro tipo de racismo. Una raza se ve atribuir una misión histórica superior. El economista alemán Friedrich List (1789-1846) explica así que «la raza germánica [...] ha sido designada por la Providencia a

<sup>1</sup>Cf. F. CHÂTELET, O. DUHAMEL, E. PISIER, *Historia del pensamiento político*, (trad. P.J. Aguado Sáiz), Tecnos, Madrid 2006, 209 ss.

<sup>2</sup> H. TAINE, *Historia de la literatura inglesa*, Aguilar, Buenos Aires 1962, 130.

causa de su naturaleza y de su propio carácter, para resolver ese gran problema: dirigir los asuntos del mundo entero, civilizar a los países salvajes y bárbaros y poblar a los que están aun deshabitados».

Arthur de Gobineau (1816-1882) continúa una sombría meditación sobre el declive de la humanidad unida al hecho de que «la especie blanca habrá desaparecido en lo sucesivo de la faz del mundo» (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, 1853). El porcentaje de civilización es proporcional al porcentaje de sangre aria en la población.

Hitler retorna a la misma cuestión en *Mi lucha*, avanzando que los judíos quieren «destruir mediante el bastardeo resultante del mestizaje esa raza blanca que odian, hacerla caer del elevado nivel de civilización y de organización política a la que se ha elevado y hacerse dueños». El judío se convierte en algo peor que un inferior, es un “otro” diabólico. Los esclavos o los negros son infrahombres; los judíos deben ser exterminados puesto que son responsables de la derrota de 1918, del liberalismo plutocrático, del marxismo, de la corrupción mundial, en resumen, de *La decadencia de occidente*, en esta obra, publicada entre 1915 y 1920, Oswald Spengler defendía una visión biológica de la historia: «Las culturas son organismos. La historia universal es su biología general». Nacimiento, infancia, juventud, madurez y vejez se suceden en las civilizaciones, y la decadencia se caracteriza por la mezcla de culturas y almas —puesto que cada cultura posee su alma: la cultura antigua, el alma apolínea, la árabe, el alma mágica, la occidental, el alma fáustica—.

No hay racismo propiamente dicho en Spengler, pero la combinación de su biohistoricismo con el darwinismo social será el resultado de la obra delirante del maestro del pensamiento nazi, Alfred Rosenberg, *El mito del siglo XX* (1930). La historia está animada por el conflicto entre la raza aria y la raza semítica, que contamina al cristianismo, el liberalismo y el marxismo. La Reforma corresponde a la rebelión de los germanos contra la tiranía judeo-romana. Los franceses no lo han comprendido y Francia se ha bastardeado expulsando a los hugonotes.

### c) *El racismo prefascista*

En el siglo XIX era corriente ser racista y no ocultarlo en absoluto. Sin ni siquiera hablar del antijudaísmo de Marx que, ve en 1844, en el judío al hombre de tráfico, la izquierda tuvo a sus antisemitas, entre los que se encontraban numerosas figuras del socialismo francés, Fourier, Proudhon, etc. Con Édouard Drumont, el *racismo se pasa a la derecha*. En *La France juive* (1885) considera que el antisemitismo nunca ha sido una cuestión religiosa sino económica y social:

«el semita es negociante por instinto, tiene la vocación del tráfico, el genio de todo lo que se puede cambiar, de todo lo que da ocasión de engañar al prójimo [...] El ario es agricultor, monje, y sobre todo, soldado, la guerra es su verdadero elemento; va gozoso al peligro, desafía a la muerte».

Esta dicotomía delirante se dirigía a la vez a las masas oprimidas por el capitalismo y a los aristócratas desposeídos por la burguesía. Los judíos no son solo responsables del capitalismo, sino también de la Revolución francesa (Charles Maurras).

## 2. Fascismos y nazismo

### a) *Los fascismos*

La palabra fascismo designa, en principio, únicamente al fascismo italiano, el de Mussolini (1883-1945). Posteriormente sirve de denominador común a una serie de regímenes políticos (la España de Franco, el Portugal de Salazar...). En el lenguaje común, se utiliza para denominar movimientos, organizaciones, incluso comportamientos colectivos o actitudes individuales.

Desde el punto de vista ideológico, el fascismo italiano se presenta al mismo tiempo como una reacción y como una revolución: reacción nacionalista y autoritaria contra el debilitamiento del Estado bajo la influencia de los errores individualistas, liberales y democráticos, revolución para promover, en la acción, un tipo nuevo de Estado fuerte a partir de una concepción espiritualista que combata las ideas materialistas y positivistas, así como los movimientos socialistas y comunistas.

El “*fascio*” es a la vez el símbolo y el principio unificador del pueblo alrededor del Estado: alrededor de su jefe, el Duce, un pequeño grupo de hombres con una ligazón estrecha debe tomar el poder, restablecer el orden y disolver las divisiones y los conflictos del Estado. El fascismo es, en primer lugar, un estatismo: «si liberalismo significa individuo, fascismo significa Estado», grita Mussolini. «Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado», ésta es la divisa del movimiento.

El poder pertenece a un jefe carismático que lo personaliza. Se excluyen la separación de poderes y el federalismo. El corporativismo tiene derecho de ciudadanía pero solo con la condición de obedecer a la regla de la concentración más estricta. Un Estado que se apoya, evidentemente, en la nación: la nación no en el sentido jurídico de Sieyés y de la doctrina revolucionaria francesa, sino en el sentido de una unidad mística y orgánica al mismo tiempo.

La *estirpe* (tronco, linaje) es su raíz constitutiva, la nación es un organismo dotado de existencia, de unos fines. Esta concepción de la nación pretende volver la espalda a las doctrinas individualistas incapaces de promover y preservar la unidad. Estado y nación se legitiman mutuamente. La militarización del cuerpo social viene acompañada del surgimiento de nuevos valores: coraje, energía, sacrificio, heroísmo. El terror es bello: el fascismo pretende la estética.

Esta última dimensión explica en parte la adhesión de numerosos intelectuales a las ligas fascistas de Europa, en Francia, Bertrand de Jouvenel durante un tiempo, y tantos otros, se dejaron fascinar por el culto de la energía nacional y de la fuerza viril.

### b) *La ideología nazi*

El nazismo no es un fascismo ordinario, ni siquiera una forma extrema de fascismo. Aunque tiene sus fuentes en la tradición contrarrevolucionaria o en el ejemplo fascistas, expresa una “visión del mundo” radicalmente nueva, expuesta por completo en *Mi lucha*, la obra siniestramente célebre de Adolf Hitler (1889-1945). La “concepción del mundo” expuesta en *Mi lucha*, obra que ha vendido más de 10 millones de ejemplares y se ha traducido a 16 idiomas, es en realidad una verdadera construcción ideológica que es imposible querer ignorar. El mismo

Hitler lo reivindica: «Todo poder que no tiene su origen en una base intelectual sólida será vacilante e incierto. Le faltará la estabilidad que solo puede reposar en una ideología fanática».

El nazismo tiene su especificidad en el racismo. A partir de 1925 se fija el objetivo final: está programada la eliminación de los judíos en general, que será puesta en práctica progresiva y metódicamente. Hitler pretende apoyarse en el racismo científico: «La cuestión de la raza no solo es la clave de la historia, sino la de la cultura humana». Por consiguiente, va a simplificar y vulgarizar «esta nueva prueba para utilizar a las masas que consiste en definir, en una síntesis mítica, el pueblo por la raza, a vincular la sangre al suelo y ambos al Estado». El pueblo alemán debe, ante todo, «tomar conciencia de su raza», una raza superior, la raza aria. La fórmula es desesperadamente simple: «la misma sangre pertenece a un mismo imperio». Compuesta desde entonces por arios puros, el Reich dará ejemplo, salvará a la humanidad y gobernará al mundo.

Debe respetar la ley suprema de la naturaleza que impone que el fuerte no se mezcle con el débil. El mestizaje es, pues, un pecado contra la naturaleza: la pérdida de la pureza de la sangre destruye al hombre y a la humanidad. El imperio racial, o el Estado racista, debe impedir que «los sifilíticos reproduzcan unos descendientes sifilíticos». Eugenismo y eutanasia serán los medios que se pondrán al servicio de un fin; la prohibición formal del matrimonio con un individuo malsano, la supresión física de individuos a los que una enfermedad congénita o incurable haga sean inútiles y peligrosos forman, ciertamente, un “programa despiadado”, pero «el sufrimiento pasajero de un siglo puede y debe liberar del mal a los siglos venideros».

El antisemitismo es la consecuencia “lógica” de este delirio. La ley de la naturaleza impone, pues, el exterminio en todas sus manifestaciones políticas, intelectuales y físicas de esta raza que no es ni siquiera una raza inferior sino una antirraza. Las armas privilegiadas del Reich residen en el manejo juicioso de la propaganda y en el papel funcional de las instituciones.

La propaganda debe ser popular, que es lo mismo que decir que debe adaptarse a las «facultades de asimilación de los más limitados» y su «nivel espiritual» debe ser tan bajo como para que la masa de los hombres a la que llegue sea la más numerosa. La masa es «femenina»: carece de espíritu crítico, es espontánea y sensible a las imágenes. Masculina y viril, la propaganda debe saber conquistar su corazón, no su espíritu; para ello apela a su histeria, no a su inteligencia; a sus instintos, a sus sentimientos, nunca a la razón. La masa quiere unas ideas simples: está a favor o en contra, se le escapan las críticas matizadas de los intelectuales.

En cuanto a las instituciones, tiene un papel indispensable: no es que sean un «fin en sí mismas», el Estado solo es un medio, es el guardián de la obediencia de una Ley que trasciende a toda ley positiva o humana. La autoridad estatal es entonces absoluta y concentrada al mismo tiempo. Y la voz del Führer es, evidentemente, infalible.

### **3. Fascismos/nazismo: interpretaciones**

Hitler ve «al joven judío de cabello negro acechar durante horas con el rostro iluminado por una alegría satánica, a la joven inconsciente del peligro, que él mancilla con su sangre, encantando

así al pueblo del que procede [...] De la misma forma que corrompe sistemáticamente a mujeres y muchachas, no teme abatir [...] las barreras que la sangre ha puesto entre los demás pueblos».

Leyendo estas líneas neuróticas de *Mi lucha*, el historiador de las ideas tiende a dejar a un lado la importancia de la ideología nazi y a buscar en otro lugar la explicación de su éxito: «Una ocasión histórica prodigiosa ha valido una fuerza de penetración y una celebridad extraordinaria a una obra intrínsecamente mediocre» (J.J. Chevallier). Como si la nulidad de una ideología debiera inducir a su ineficacia.

Sin embargo, el fascismo no se reduce a un *acontecimiento* cuyas causas habría que descubrir, ni a un *fenómeno* cuyas manifestaciones convendría descubrir, es también una ideología, ¿una sola? El fascismo italiano y el nazismo se diferencian por lo que se ve, y sería absurdo asimilar la doctrina de exterminación del segundo al nacionalismo más bien grotesco, hasta su totalitarismo, del primero. Uno y otro han sido objeto de intentos de explicación idénticos, cuyo inventario permite descubrir la diversidad de métodos de una concepción política.

#### a) *La explicación culturalista*

El método consiste en buscar primeramente la clave del fascismo en las especificidades nacionales. Este tipo de interpretación se aplica a la Italia mussoliniana de los primeros años. Bajo su forma rudimentaria, el análisis pretende desenmascarar un mal nacional del que el fascismo sería una manifestación paroxística. El triunfo de los fascios italianos se convierte así en «la última explosión de un mal arraigado en los italianos, acostumbrados a la insubordinación, a la ausencia de sentido cívico [...] a la corrupción y, en resumen, a los vicios nacidos de siglos de gobierno despótico» (N. Valeri).

La tesis del *mal italiano* (o alemán, o español) se explica mediante las particularidades de la historia nacional, con el riesgo de caer en un *ultradeterminismo* histórico: todo lo que ha precedido ha llevado, casi inevitablemente, al fascismo. El historiador americano Dennis Mack Smith ve así en la historia de Italia entre 1861 y 1922 la continuidad de una «dictadura parlamentaria italiana», Mussolini sería su heredero legítimo.

Otro método análogo, que ponía el acento en las culturas políticas busco la clave del nazismo en el espíritu alemán, incluso en el alma germánica. Se establece entonces una filiación entre *luteranismo* y nacional-socialismo. La sociología empírica constata que el voto nazi fue masivo en las regiones protestantes; la historia cronológica confirma que la mayoría de los miembros de la Iglesia protestante aceptó la depuración de los pastores no arios; el historiador de las ideas explicará todo por los efectos políticos de la religiosidad luterana, que se reserva la libertad de conciencia individual e invita a la sumisión al poder exterior, sea cual fuere. También se evoca el *prusianismo* ya que había engendrado la sumisión irreflexiva hacia las autoridades (Meinecke). Bismarck prepara el camino de Hitler, inculcando el culto a la razón de Estado.

La versión más explosiva de esta tesis fue elaborada por el germanista francés Edmond Vermeil, según el cual toda la historia alemana está dominada por el “romanticismo organizado”. Antes de la llegada de Hitler al poder, romanticismo y organización no dejan de enfrentarse y existen en realidad dos Alemanias, la del Nordeste, racional y prusiana, y la del Sudoeste, particularista,

poblada de pequeños campesinos y romántica. El nazismo germinaría a partir de ese dualismo fundamental que integra en su dinámica, y su agresividad tiende a soldar el desgarramiento existente en la historia alemana. La interpretación del nazismo está entonces claramente dominada por las exigencias de la lucha contra Alemania y corre el riesgo de dar un análisis “étnico” del “racismo” nazi.

#### *b) Totalitarismo*

A la guerra mundial sucede pronto la guerra fría. Las necesidades cambian y aparece la explicación totalitaria. En las antípodas de los análisis precedentes, el nazismo ya no es relacionado con el trasfondo del alma alemana, sino confundido con las dictaduras de masas de los tiempos modernos, sean negras o rojas, *fascistas* o *comunistas*. La denuncia del totalitarismo supone, pues, al menos implícitamente, que solo un sistema político debe ser reconocido como legítimo: la democracia pluralista occidental.

Hermann Rauschning, antiguo gobernador nazi de Dantzig, es así uno de los primeros en descubrir tras la cruz gamada «la bolchevización, el socialismo de Estado, el imperio militar y totalitario». En el decenio de los años 40, los politólogos construyen modelos más abstractos, así Hans Kohn sistematiza los puntos comunes y las diferencias entre comunismo y nazismo.

A medida que toma cuerpo la tesis del totalitarismo, las diferencias entre soviéticos y nazismo son cada vez más minimizadas, o silenciadas<sup>3</sup>. Sus condiciones de emergencia se consideran idénticas: centralismo estatal, apoyado en las masas, crisis de la religión y de la democracia, derrotas militares y todo ello conjugándose para dejar campo libre a la dictadura. Sus resultados se confunden: monopolización de la dirección de todas las actividades humanas, públicas o privadas, por el partido y su jefe, apoyo en las clases medias inferiores para fusionar todas las clases, creación de una Iglesia misionera, enteramente tendida hacia su nuevo Dios, el de la sangre y el suelo, o el del materialismo.

Arendt lo concibe finalmente como una lógica de la demencia:

«Poco importan la tradición nacional o la fuente particular de su ideología: el régimen totalitario transforma siempre a las clases en masas, sustituye el sistema de partidos no por dictaduras de partido único, sino por un movimiento de masas, desplaza el centro del poder del ejército a la política y pone en práctica una política exterior orientada abiertamente hacia el dominio del mundo».

La demencia —el sinsentido— se basa en el hecho de que la racionalidad no explica las opciones totalitarias. Cuando Heydrich escribe a Hitler pidiéndole que retrase la exterminación de los judíos checos porque necesita mano de obra, y se propone hacer con ellos carne picada, pero solo después de uno o dos años, acaba por contentarse con un “no recibido”. Cuando los cuadros nazis justifican la eutanasia por la supresión de las bocas inútiles, son llamados al orden: la eliminación de los deficientes físicos o mentales solo se justifica por «consideraciones éticas». El terror totalitario no busca tanto conquistar el mundo por razones de poder, cuanto

---

<sup>3</sup>Cf. F. CHÂTELET, O. DUHAMEL, E. PISIER, *Historia del pensamiento político*, (trad. P.J. Aguado Sáiz), Tecnos, Madrid 2006, 227-230; 339-354.

para probar el buen fundamento de su movimiento, para hacer el mundo coherente, es decir, conforme a la concepción que los totalitarios se han formado de él.

Otra forma de decir lo mismo, esos dementes se reclutan entre los *marginados*. El sociólogo americano Daniel Lerner ha estudiado así el origen social de los cuadros nazis a partir del Anuario del III Reich y construye un índice de marginalidad mediante la acumulación de diversas variables (inestabilidad profesional, matrimonio a una edad anormal —precoz o tardía—, juventud, fracasos escolares y universitarios, nacimiento en regiones fronterizas, etc). Aplicando este índice a las diferentes categorías de responsables nazis descubre que todos los grupos poseían un índice de marginalidad superior al 75 por 100.

Los animadores del totalitarismo se reclutan en la nueva clase media y, más específicamente, en los marginados de esos grupos intermedios. Años más tarde Lerner aplicará el mismo método a los partidos comunistas ruso y chino. Obtiene resultados análogos; como se quería demostrar, la élite totalitaria es marginal, son los mismos entre los rojos que entre los negros.

Última forma de llegar a la misma conclusión, nazismo y comunismo se derivan de un solo sistema, el sistema totalitario. Carl. J. Friedrich lo caracteriza como un modelo de cinco caras, lo que se podría llamar una sociedad pentagonal, o más bien una destrucción pentagonal de la sociedad. Por primera vez en la historia, un régimen político acumula cinco monopolios y amaestra para sí solo la ideología, el Estado, la policía, el ejército y los *mass media* (Friedrich añadirá la economía).

La acumulación de tales monopolios por una sola fuerza conduce a una casi desaparición de la sociedad civil y una supresión del “hombre privado”. El contenido social de los regímenes puede variar según las ideologías, pero sus métodos son de tal modo idénticos que es lícito caracterizarlas por esa forma totalitaria de actuar. Los totalitarismos se diferencian de los despotismos tradicionales y organizan *dictaduras de masas* de un tipo totalmente inédito.

Algunos historiadores de la Alemania occidental pusieron en cuestión lo que consideraban ciertas simplificaciones de la teoría totalitaria, señalando las *oposiciones entre comunismo y nazismo*

	<b>nazismo</b>	<b>comunismo</b>
sociedad	industrializada	agraria
clase dominante	sostén del capital	destrucción del capital
ideología	racismo-manipulación	socialismo-producción
clase dirigente	cerrada (elite)	aumento progresivo
terror	militar, seleccionador, exterminador	policial, inquisitorial (confesión)
resultado	destrucción pura	construcción de una sociedad

### c) *El totalitarismo como virtualidad permanente*

Más allá del paralelismo entre nazismo y estalinismo, Hannah Arendt muestra que el totalitarismo hace estallar la alternativa clásica de la filosofía política «entre un régimen sin leyes y un régimen sometido a leyes, entre un poder legítimo y un poder arbitrario». El régimen totalitario no actúa «jamás sin tener la ley como guía»; aun más, «pretende obedecer rigurosamente y sin equívoco a esas leyes de la naturaleza y de la historia de las que se suone han salido siempre todas las leyes positivas».

Pero lo hace desconfiando de todas las leyes positivas, incluidas las suyas; «pretende hacer del propio género humano la encarnación de la ley. La ley totalitaria no asegura ninguna función de estabilización, no es más que una ley de movimiento. Ley de la naturaleza para los nazis, ley de la historia para los bolcheviques.

En *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt asocia ideología y ausencia de pensamiento. Para Arendt, en efecto, la costumbre de pensar «no depende en absoluto de la posición social, de la educación o del valor intelectual de los individuos», sino que depende de la existencia de un espacio común en el que los hombres se explican los unos a los otros cómo ven el mundo. O la ideología totalitaria, como lógica de una idea, destruye este espacio y hace por consiguiente que el pensamiento corra un riesgo mayor ya que éste no puede vivir «en el asilo de su propia interioridad».

En cuanto a las condiciones de instauración del totalitarismo, son consecuencia de la modernidad:

- Los movimientos nazi y comunistas de la década de 1930 germinan en la masificación, en el desmoronamiento del sistema de clases y de sus barreras protectoras, en la sociedad atomizada.
- La propaganda totalitaria labra ese terreno preparado elevando «el cientifismo ideológico y su técnica profética a un grado desconocido de eficacia en el método de lo absurdo en el contenido».
- El hombre de la era totalitaria no solo es un individuo aislado, átomo de la masa, sino también un hombre desolado: «la dominación totalitaria «...» se basa en la soledad, en la experiencia de absoluta no-pertenencia al mundo [...] estrechamente ligada al desarraigo y a la inutilidad con la que han sido golpeadas las masas modernas desde el comienzo de la revolución industrial».

Arendt insiste en la *novedad* radical del fenómeno. Pero «la terrible originalidad del totalitarismo no estriba en que haya llegado al mundo una nueva “idea”, sino en los actos de ruptura con toda nuestra tradición que han pulverizado literalmente nuestras categorías políticas y nuestros criterios de juicio moral».

Juzga muy severamente el liberalismo clásico y el fracaso de las democracias occidentales. Su análisis no carece de paradojas, incluso de provocaciones. Ha convertido a Eichmann en la imagen de un funcionario trabajador que ilustra «la espantosa, indecible, impensable banalidad

del mal» y ha criticado en ello el proceso organizado por el Estado de Israel en nombre del pueblo judío y no por una instancia internacional en nombre de toda la humanidad.

Este análisis lleva a Arendt por el camino de la «banalidad del mal»: junto a los verdugos, el totalitarismo produce un nuevo «tipo de criminal» que se limita a obedecer órdenes y aparece como instrumento «inocente» de acontecimientos impersonales. Su mundo se ha hecho irreal, estandarizado, convencional y sin pensamiento. El sistema suprime toda responsabilidad y, por consiguiente, cualquier capacidad de acción. No se trata tanto de conseguir al hombre fanáticamente creyente como al hombre sin seguridad, impotente, solo.

#### d) *El totalitarismo más allá del totalitarismo*

El totalitarismo culmina en los campos de concentración nazis o estalinistas, donde la despersonalización se prolonga mediante la deshumanización: la perversión, la gratuidad, lo absurdo. Arendt insiste en el significado del exterminio de masas: más allá de la persona, de lo que se reniega es de la parte de humanidad que hay en cada uno, como atestiguan las torturas, marcas registros.

Arendt distingue varias etapas: la primera contribuye a matar en el hombre la personalidad jurídica, o sea, a sustraer ciertas categorías de personas a la protección de las leyes, por consiguiente, a ponerlas fuera de la ley. La segunda, es «la preparación de cadáveres vivientes»: es el asesinato en el hombre de la persona moral. Todo es posible puesto que la conciencia ya no vale nada. Se suprime al hombre por cantidades, por estadísticas, el hombre se hace superfluo. Al anular la individualidad antes de la muerte, solo se trataría de hacer desaparecer «horribles marionetas con caras humanas».

La radicalidad del análisis de Arendt extrae su lógica de una teoría que define al hombre en primer lugar como *zoon politikon*. Lleva a Arendt a minimizar en estos lugares de horror las fuerzas mismas de la interioridad humana. Pierre François Weber objeta: «Reduciendo demasiado lo humano a lo político se corre el riesgo de negar esta conciencia del exceso de lo humano, del desbordamiento de la humanidad fuera de las fronteras de lo político y lo histórico. Auschwitz arde con la luz de este exceso. Además, vuelve la aporía de la teoría arendtiana de lo político como el único lugar y momento de actualización de las más altas facultades del hombre: el uso de la política para la destrucción obliga a pensar en un más allá de la política que parece alojarse en los pliegues de la interioridad privada de uno mismo».

Los testimonios de Primo Levi, Robert Antelme, Élie Wiesel, Jorge Semprún<sup>4</sup>, entre otros, nos prohíben en efecto subestimar esta dimensión de interioridad irreductible que animó rostros humanos y no horribles marionetas. La interioridad no es nunca un refugio ilusorio, sino que permite no ceder al mal más radical. Esta capacidad de resistencia existe, como atestiguan en la actualidad los relatos de los supervivientes.

Tras la experiencia del exterminio de masas, el totalitarismo se prolonga bajo unas formas ideológicas nuevas. Según Vaclav Havel<sup>5</sup> el totalitarismo se convierte explícitamente en una

---

<sup>4</sup> Cf. J. SEMPRÚN, *La escritura o la vida*, Tusquets, Barcelona 1997.

<sup>5</sup> Cf. V. HAVEL, *Discursos políticos*, Espasa-Calpe, Madrid 1995.

huida fuera de lo público; desde entonces, totalitarismo y repliegue hacia lo privado no solo son compatibles sino que se llaman el uno al otro para cimentar «la vida en la mentira». Las formas brutales de opresión se ven sustituidas por condiciones más finas: «el peso principal de la presión totalitaria se ha desplazado a la esfera de las condiciones de la existencia». La vida pierde su espontaneidad para convertirse en «una especie de hipocresía permanente». La vida de la que habla Havel es la vida pública, la del hombre en sociedad: desesperación, apatía, conformismo, se mantiene una actividad política rutinaria pero ya «nadie cree en ella».

Sin embargo, Havel introduce una novedad significativa: «A medida que disminuyen sus posibilidades de actuar hacia el “exterior”, el individuo invierte cada vez más sus energías donde encuentra menor resistencia, o sea, hacia “el interior” [...] y el poder desea y fomenta esa transferencia de energía hacia la esfera de lo “privado”». Además, el objetivo de cualquier propaganda presenta sistemáticamente esta orientación hacia el interior como contenido profundo de la realización del hombre.

Presintiendo que las fuerzas vitales del individuo si actuaran hacia el exterior, se volverían más pronto o más tarde contra él, «el poder no duda en hacer pasar por vida humana lo que solo es un penoso sustituto». En 1978, en un texto en recuerdo de Jan Patocka, Vaclav Havel retoma el mismo tema a partir de un análisis de la sociedad post-totalitaria. El ejemplo que nos invita a meditar es sobrecogedor: el gerente de una frutería ha colocado en el escaparate entre las cebollas y las zanahorias, la banderola: «¡Proletarios del mundo, uníos!». El contenido de la banderola le resulta indiferente. Por consiguiente, el gesto contiene un mensaje: «Obedezco, entonces tengo derecho a una vida tranquilo». Havel evoca esta «imposición del ritual», factor de «la vida en la mentira».

Pero si el poder propusiera al comerciante que colgara una banderola en la que simplemente mencionara: «Tengo miedo, por eso obedezco sin rechistar», el comerciante lo rechazaría: «A pesar de todo es un ser humano y, por consiguiente, tiene el sentimiento de la dignidad humana». El individuo no está obligado a creer, no está obligado a aceptar la mentira, pero su gesto demuestra que vive en la mentira. La servidumbre voluntaria es un factor determinante que se opone a la voluntad de resistir y se convierte en consustancial a la «apatía totalitaria».

Todos los textos posteriores de Havel recalcan que la vida en la mentira es una tendencia del Occidente moderno. Pero también restaura la esperanza: contra la opresión, afirma el poder liberador de la palabra. Si el frutero rechaza colgar la banderola, entonces sale de la vida de la mentira e interpela al mundo. Al vivir en la verdad, crea un espacio de comunicación potencial y empieza el aprendizaje de una vida en la verdad como superación de la vida individual. Pero la revuelta individual no basta, debe articular y desarrollar una expresión pública.

Havel coincide con Arendt, hace de la pluralidad la condición previa de la singularidad, y no lo contrario: «Puesto que cualquier singularidad solo es posible respecto a otra singularidad con la que poder compararse y, por consiguiente, poder diferenciarse. Donde no hay varias singularidades, no hay ninguna».

El totalitarismo es un intento sin precedentes de reabsorción de la sociedad civil. Sin embargo, la amenaza no desaparece con el hundimiento de los regímenes totalitarios. Desde el corazón de

las democracias modernas renacerá sin cesar el deseo del Uno y, por consiguiente, la tentación de reabsorber al «sujeto».

En *La llama doble* (1993), Octavio Paz establece una relación entre la historia política moderna y la historia del amor en Occidente. Después de recordar que el vocabulario del totalitarismo no conocía tanto los términos de las víctimas y los verdugos como los de los presuntos ingenieros de la mecánica y la física de la historia, Octavio Paz sugiere que «el crimen de los revolucionarios modernos ha sido amputar al espíritu revolucionario el elemento afectivo» y que «la gran miseria moral y espiritual de las democracias liberales es su insensibilidad afectiva». Si para Octavio Paz «los dos totalitarismos se fijaron como objetivo la abolición de la singularidad y de la diversidad de personas», sus fracasos no autorizan ninguna autosatisfacción democrática: «Si nuestro mundo debe recuperar la salud, el tratamiento será doble: la regeneración política incluye la resurrección del amor» y pertenece a la imaginación creadora la tarea de redescubrir «el misterio que representa cada uno de nosotros».

### **Bibliografía**

CHÂTELET, F., DUHAMEL, O., PISIER, E., *Historia del pensamiento político*, (trad. P.J. Aguado Sáiz), Tecnos, Madrid 2006.

HAVEL, V., *Discursos políticos*, Espasa-Calpe, Madrid 1995.

LEFORT, C., *Un hombre que sobra*, Tusquets, Barcelona 1980.

PAZ, O., *La llama doble: amor y erotismo*, Seix Barral, Barcelona 2001.

SEMPRÚN, J., *La escritura o la vida*, Tusquets, Barcelona 1997.